

La Liturgia de la palabra.

Esta parte de la misa se realiza de la siguiente manera: tras la primera lectura, se lee un salmo. Los domingos y fiestas de guardar también se lee una segunda lectura. En ambos casos, el evangelio viene después. Para demostrar la importancia que tiene, nos ponemos en pie al cantar el aleluya. Un diácono o un sacerdote proclama el evangelio. Luego viene la explicación de la Escritura con la homilía (predicación). Los domingos y fiestas importantes se confiesa el credo, conjuntamente y en voz alta. Después ponemos en presencia de Dios nuestras peticiones, al rezar la oración universal.

En la Liturgia de la Palabra, Dios se hace presente y habla a su pueblo. Cristo, antes de hacerse alimento para el cuerpo, se hace palabra para el alma. Se presenta y se vive la proclamación de la Palabra como un acontecimiento actual, pues actualiza la fuerza de la revelación y salvación de Dios. La **primera** lectura suele ser del Antiguo Testamento y la **segunda** lectura es del Nuevo Testamento. Los días entre semana se lee una única lectura. El Salmo Responsorial y el Evangelio nunca se suprimen.

El **Salmo Responsorial** se llama así porque «responde» a la primera lectura y pone en práctica dos acciones: escuchar y responder. Es el canto más importante de la Liturgia de la Palabra. No es un simple canto de meditación, sino que forma parte de la Biblia (Antiguo Testamento). Está inspirado por Dios. Con los salmos rezaba Cristo.

El **Evangelio** se saluda con el *Aleluya*, una aclamación que en hebreo significa «Gloria al Señor». La Iglesia lo ha conservado como una aclamación de alegría. El *Aleluya* tiene por sí mismo el valor de rito o acto con el que la asamblea recibe y saluda al Señor que va a hablar.

Para la proclamación del Evangelio nos ponemos de pie. Evangelio significa «buena noticia». Su proclamación está a cargo del sacerdote celebrante o de un diácono. Si bien todas las lecturas son Palabra de Dios, esta lectura es particularmente Palabra de Cristo. Él se hace presente para hablarnos.

Mientras contestamos «gloria a ti, Señor», podemos, a imitación del sacerdote o del diácono, signarnos en la frente (no nos estamos

«persignando»), los labios y el corazón, y decir interiormente «que tu Palabra esté siempre en mi mente, en mis labios y en mi corazón».

Inmediatamente después, la **homilía** tiene por finalidad explicar la Palabra de Dios que ha sido proclamada en las lecturas y actualizar su mensaje para poder confrontar nuestra vida con ella. Para atender a la homilía, permanecemos sentados.

Luego nos ponemos de pie y rezamos juntos el **Credo**, los domingos y solemnidades, confesando y proclamando nuestra fe. Allí está resumido todo lo que creemos los cristianos católicos. Por eso también se llama símbolo o profesión de fe.

La liturgia de la Palabra finaliza con la oración universal (las llamadas preces). «En la **oración universal** u oración de los fieles, el pueblo, ejerciendo su función sacerdotal, ruega por todos los hombres» (IGMR, Capítulo II, n 45). En nuestras celebraciones hay muchos tipos de oraciones por nosotros, pero ésta es una oración de intercesión por los demás, una oración de mediación. Ponemos delante de Dios nuestra historia, nuestros problemas y necesidades. La oración universal comienza con una invitación a la oración por el sacerdote, seguida de una serie de invocaciones, «oremos por...». **Los fieles responden**, por ejemplo, diciendo o cantando: «Te rogamos, óyenos». Normalmente, la primera oración es una intención por la Iglesia, la siguiente por el mundo y los gobernantes, y, a continuación, por la sociedad. Después de una invitación a la oración por las intenciones de la propia comunidad, se continúa pidiendo por los difuntos. El sacerdote concluye con una oración por medio de la cual ofrece a Dios todas las intenciones.

El ofertorio

Antes de comenzar la plegaria eucarística, la misa continúa con la preparación de la mesa del altar para el banquete eucarístico.

Esto es lo que se realiza en esta parte de la misa: El pan y el vino se llevan al altar, donde el sacerdote los ofrece a Dios en nombre de todos. Los fieles se unen a este «sacrificio» en su corazón, y

simbólicamente por medio de su contribución económica¹. El sacerdote reza la «oración sobre las ofrendas».

En la **preparación de las ofrendas** llevamos al altar pan y vino: los mismos elementos que Cristo tomó en sus manos. Mientras el sacerdote presenta las **ofrendas**, podemos entonar un canto, que simplemente acompaña el momento. «Desde el principio, junto con el pan y el vino para la Eucaristía, los cristianos presentan también sus dones para compartirlos con los que tienen necesidad. Esta costumbre de la colecta, siempre actual, se inspira en el ejemplo de Cristo que se hizo pobre para enriquecernos...» (CEC, n 1351). Luego, el sacerdote se lava las manos, expresando así su deseo de purificación interior.

¹ La limosna no es una mera contribución, también necesaria y demostración de compromiso y responsabilidad en relación con la parroquia y con la diócesis; la limosna es uno de los tres pilares de la vida del cristiano y, junto con el ayuno y la oración, redime de los pecados. Es buena idea llevarla preparada, haberse preguntado ¿cuánto debemos dar? y tomar conciencia de lo importante que es compartir lo que Dios nos ha dado la gracia de tener.